

José
Antonio
Marina **El**
aprendizaje
de la
sabiduría

Aprender a
vivir / Aprender
a convivir



José Antonio Marina, uno de los grandes —y escasos— sabios de la psicopedagogía actual, recoge en este libro dos obras anteriores suyas, ampliándolas, actualizándolas, y aportando un específico e interesante prólogo: *Aprender a vivir* y *Aprender a convivir*. Se trata de responder a dos preguntas fundamentales: ¿se puede enseñar a vivir? y ¿quién y cómo debería enseñarnos a convivir? Es sabido que Marina afirma que la sabiduría es la «inteligencia práctica», y defiende su prioridad frente a la «inteligencia teórica». La sabiduría sería el uso de la inteligencia necesario para dirigir adecuadamente el comportamiento en aquellos temas que, por afectar a la felicidad y a la dignidad (otros dos conceptos claves en el pensamiento antropológico y educativo de Marina), son los más urgentes e importantes. La distinción entre inteligencia estructural y uso de la inteligencia, así como la importancia del pensamiento sistémico, están presentes a lo largo de todas estas páginas y su análisis de conceptos como «personalidad», «sociedad», «dignidad», «felicidad», «recursos personales y sociales», «autonomía»...

En *Aprender a vivir* queda plasmado que, para Marina, la principal función de la educación no es transmitir conocimientos, sino enseñar a vivir, una tarea en la que, actualmente, docentes y padres parecen educar contracorriente. Todos ejercemos una influencia educativa buena o mala por acción u omisión, por lo que la sociedad entera debe implicarse: padres y docentes, medios de comunicación empresas e instituciones. Necesitamos una gran movilización educativa, porque, según reza un proverbio africano, «para educar a un niño se necesita toda una tribu». Así, *Aprender a vivir* propone un esbozo de psicología emergente, el desarrollo de la personalidad a partir de unas estructuras biológicas y sociales, un proceso que empieza en la psicología y acaba en la moral. Se exponen los fundamentos teóricos

de un modelo de educación que debe ayudar al niño a desarrollar su capacidad para elegir bien sus metas en función de las aspiraciones universales del hombre. Conseguir estas metas va a depender de los recursos con los que cuente, por eso el modelo educativo que se propone está basado en la teoría de los recursos personales y sociales. El desarrollo de la inteligencia incluye aspectos cognitivos, afectivos y sociales. Necesitamos recuperar para la educación, conceptos que un mal uso pedagógico ha dejado inservibles, como la voluntad (entendida no como una cualidad innata sino como una función de la inteligencia) o el sentido del deber (entendido como un elemento liberador que nos impide dejarnos llevar por presiones o impulsos incontrolados). La educación puede y debe ayudar al niño a contar con los recursos necesarios para construir una personalidad inteligente en una sociedad que le permita desarrollar sus posibilidades y alcanzar una vida digna y feliz.

En *Aprender a convivir*, Marina —quien, aun siendo Doctor y Catedrático, es feliz dando clase en un Instituto de Enseñanza Secundaria y en una labor ingente «a pie de calle» con padres, educadores, e instituciones— da un paso más: es importante no solamente aprender a vivir, sino que aprendamos a convivir. Marina analiza para ello diferentes tipos de convivencia (la convivencia íntima, que incluye la familia, la pareja, los amigos, y los compañeros de trabajo; la convivencia política; y la convivencia con uno mismo). Y trata de aportar soluciones educativas, psicológicas y reeducativas. En concreto, Marina considera que el modelo de la educación para la convivencia tendría que establecerse a tres niveles: educación afectiva, que ayude a sintonizar con los valores fundamentales; adquisición de hábitos operativos, que aumente la capacidad para realizar esos proyectos; y una educación normativa teórica, que proporcione nociones básicas de la Ética y el Derecho. Finalmente, la elaboración de una Ética transcultural ayudará a proteger y

también a limitar los distintos códigos morales o religiosos, que deben circunscribirse a la esfera privada, íntima y personal de los miembros de una comunidad. Y es que, porque se sabe que la educación es socializar, es preciso integrar la búsqueda de la felicidad privada en un círculo más amplio, el de la felicidad pública: no puede existir la una sin la otra.

El aprendizaje de la sabiduría llevaría, así, a la consecución del «buen ciudadano» que el libro hace al final, y que, en fin, sería el que «se esfuerza en realizar su proyecto privado de felicidad colaborando al mismo tiempo a la felicidad pública». Es el «poeta de la acción».

A María

Prólogo

Reivindicación de la sabiduría

Publicar la edición unificada de *Aprender a vivir* y *Aprender a convivir* con el título de *El aprendizaje de la sabiduría* responde al deseo de incluir esos libros dentro de un marco teórico y práctico más amplio. Nuestra situación intelectual no tiene precedentes. Sobre cualquier asunto tenemos más información de la que podemos asimilar, por lo que nos arriesgamos a sufrir una peculiar ignorancia por exceso de datos, absolutamente nueva en la historia de la humanidad. Necesitamos saber cómo orientarnos en la información. Ya hace muchos años, el gran poeta T. S. Eliot escribió:

¿Dónde está la sabiduría,
que se perdió con el conocimiento?
¿Dónde está el conocimiento
que se perdió con la información?

Como todo el mundo sabe y repite, vivimos en la sociedad de la información, más aún, en una sociedad de la información distribuida, compartida y dispersa. Basta conectarse a Internet para tener a nuestra disposición un maravilloso e interminable banco de datos. Allí está todo contenido. Otra cosa es que lo entendamos. De eso debe ocuparse la ciencia, que en el siglo XX ha crecido espectacularmente. Pero la ciencia tampoco parece ser capaz de colmar nuestra necesidad de comprensión, porque para progresar ha tenido que especializarse tan ferozmente que nadie

puede saber mucho si no es sobre una parcela muy pequeña. En la actualidad, un buen matemático no es capaz de entender ni siquiera el diez por ciento de las matemáticas que se hacen. Se ha vuelto verdad el dicho de Antonio Machado: «Nadie sabe ya lo que se sabe, pero todos sabemos que de todo hay quien sepa». En la American Psychological Association hay 49 divisiones que no se entienden entre sí, por lo que carece de una visión unificada del sujeto humano. Creaciones colectivas y anónimas, como la Wikipedia, nos obligan a replantearnos la idea de saber individual. Además, la ciencia acota muy bien su territorio, y se desinteresa de aquellas zonas del acontecer humano en las que no pueda aplicar su método. Se agudiza así la separación entre ciencias y humanidades, lo que supone un empobrecimiento del ser humano. Por si no fuera ya tremenda la complejidad de nuestra situación, la comunicación entre culturas muy diferentes, nos exige saltar de unas ideologías a otras, adaptar nuestro pensamiento a modos lejanos de pensar. En resumen, vivimos en una situación que nos ofrece grandes posibilidades y grandes peligros, por eso me parece que necesitamos reivindicar un tipo de saber más alto y amplio, al que, siguiendo la tradición, propongo denominar «sabiduría». Un tipo de saber que es especialmente necesario para quienes tienen que tomar decisiones que afectan a mucha gente, como los educadores, los políticos o los legisladores.

Les pondré un ejemplo. El deseo de cambiar es prácticamente universal. Nos gustaría librarnos de algunos rasgos de nuestro carácter que nos mortifican, ser más valientes, o más alegres, o más sociables; disfrutar más de las cosas buenas que tenemos; saber comunicarnos mejor. La experiencia nos dice que a veces nos empeñamos en cambiar cosas inmutables, o renunciamos a cambiar cosas que sería importante que cambiáramos. A eso se refiere una antigua oración:

Dame, Señor,
resignación para aceptar
lo que no puedo cambiar;
valor para cambiar
lo que debo cambiar,
y sabiduría para distinguir
una cosa de otra.

El papel de la sabiduría, en esta antigua petición, resulta claro. Es una capacidad de discernimiento, que nos permite tomar las decisiones adecuadas en temas de interés vital. ¿Pero cómo se identifica, cómo se legitima, cómo se adquiere?

Todos sentimos nostalgia de la sabiduría cuando ante un problema vital, urgente o dramático, deseáramos pedir consejo. Pero ¿a quién? El proverbio nos dice que al sabio y con esta palabra designamos a alguien que suponemos que tiene, al menos, conocimiento, bondad y perspicacia. Una imponente mezcla. Todos los que nos dedicamos a la educación debemos suspirar por la sabiduría, porque a ella atribuimos la capacidad de aconsejar, tomar decisiones y evaluar, cosas que hacemos continuamente no sólo los docentes, sino también los padres. En los últimos meses he puesto en funcionamiento una [universidad para padres online](#) para ayudarles en sus tareas educativas, y me he encontrado no sólo con la gran dificultad que presentar un modelo educativo tiene, sino con la previsible sorpresa de que darles consejos no basta, puesto que es necesario que ellos se conviertan en consejeros, es decir, en sabios. «Al final nos hemos encontrado con la abrumadora tarea de enseñar sabiduría. Nuestro trabajo —escribe un especialista en psicología escolar— consiste ante todo en permitir a los padres comprender lo que sucede, dar significado al comportamiento de su hijo para ayudarles a encontrar sus propias soluciones, a aprovechar sus propios recursos»^[1]. Los

padres tienen, por de pronto, que adquirir una sabiduría personal y una sabiduría de pareja, que les capacite para adquirir la educativa respecto de sus hijos. ¿Cómo van a transmitir valores si no los conocen? ¿Cómo van a guiar por el complicado mundo si no comprenden cómo funciona? Menciono este ejemplo para mostrar que la sabiduría es necesaria en todos los niveles de la vida, y que no se trata de algo sólo destinado a privilegiados, fuera del alcance de los que no sean superdotados. No, todo hace suponer que va en otra dirección. Platón llega a decir que para ser sabio no hace falta ni siquiera saber leer o escribir. ¿Entonces, qué es?

Una definición preliminar

Para poder reivindicar la «sabiduría», una palabra y una realidad grande y bella, tenemos que recuperar primero su significado riguroso, que ha sido oscurecido por el éxito de gurús improvisados, consejeros espiritistas, confusas mezcolanzas de orientalismo y dietas de adelgazamiento, mantras salvadores y libritos de aforismos presuntuosos^[2]. Los griegos inventaron la palabra «sabiduría» (*sophía*) para designar la culminación de la inteligencia, y la dividieron en dos ramas: una, la sabiduría teórica, cuya finalidad era alcanzar el conocimiento más perfecto; y otra, la sabiduría práctica, cuyo objetivo era alcanzar una vida feliz y digna. Poco a poco, la sabiduría práctica alcanzó el protagonismo, y la palabra «*sophía*» designó la suprema ciencia del vivir y del convivir, la ciencia de la acción adecuada. Por esto quiero reivindicarla en este libro^[3]. La gran función de la inteligencia no es conocer y hacer ciencia, sino dirigir bien el comportamiento. Y uno de esos comportamientos, pero sólo uno, es hacer ciencia. Otros son crear una familia, intervenir en política, jugar al baloncesto, tener o no tener una religión, ganarse la vida, querer a alguien, vivir en suma.

Por eso, es normal que la sabiduría —el gran despliegue de la inteligencia— sea necesaria para todos, sea cual sea nuestra profesión, porque todos tenemos que tomar decisiones trascendentales en nuestras vidas. Así, se plantea la gran paradoja de que lo más difícil debería estar al alcance de cada uno de nosotros. No todo el mundo puede ser científico, pero todo el mundo debería poseer la sabiduría necesaria para vivir y convivir bien.

Tradicionalmente, la sabiduría se ha relacionado con la religión o con la ciencia. ¿No bastaría la religión para darnos esa competencia para vivir? No, porque hace falta una gran sabiduría para saber a qué atenerse respecto de la religión, para distinguirla de la superstición o de la superchería, para enfrentarse al hecho de la diversidad de religiones. ¿Y la ciencia? ¿No nos bastaría la ciencia para dirigir nuestra vida? No, porque la vida y la convivencia han de regirse por valores, y la ciencia no trata de valores. Su objetivo es conocer lo que existe. Los valores nos indican lo que debería existir o sería bueno que existiese. Son dos niveles distintos de realidad. El tacto en las relaciones, la amistad, la empatía, la capacidad de animar o de consolar, no son conceptos científicos. Tampoco lo son las nociones de «bien» o de «dignidad», en las que aspiramos a fundar nuestro modo de vida. Para un biólogo, los humanos somos animales especialmente listos, pero de ahí no se deduce que tengamos dignidad o derechos. Estos conceptos son racionalmente justificables, son un gran proyecto de la inteligencia humana, pero no son científicos^[4].

En *La inteligencia fracasada*^[5] estudié un fenómeno que a todos debería intrigarnos: ¿Por qué si somos tan inteligentes nos comportamos tan estúpidamente? Somos el único animal que tropieza diez veces en la misma piedra, y eso es un triste privilegio.

Progresamos en ciencia, en tecnología, en economía, pero no parece que mejoremos en el modo de construir

nuestra convivencia. Basta leer los periódicos para contemplar la emergencia incesante de comportamientos primitivos y bestiales: guerras, violaciones, malentendidos, crueldades. Una y otra vez hacemos una triste constatación: los hombres mueren y no son dichosos. Somos finitos y vulnerables y, por eso, no podemos librarnos radicalmente del dolor, la desdicha y la muerte, pero lo escandaloso es que sufrimos no sólo por lo irremediable, sino también por causas que podrían haberse evitado. Unas veces, los responsables de nuestras desdichas son los otros, pero en ocasiones somos nosotros mismos los que nos convertimos en nuestros peores enemigos. Un inteligente e ingenioso psicólogo llamado Paul Watzlawick ha escrito un libro titulado *El arte de amargarse la vida*^[6], arte que poseemos en dosis masivas. ¿Qué nos pasa? ¿Por qué nos cuesta tanto aprender? A veces nos comportamos como el alacrán del cuento. Una vez, en la orilla de un arroyo, un alacrán pidió a una rana que le ayudara a atravesarlo. «¿Por qué no me dejas subir a tu espalda y me pasas a la otra orilla?». «Porque me clavarías tu agujijón y me matarías», respondió sensatamente la rana. «No, porque, si lo hiciera, yo me ahogaría». Convencida la rana, le dejó subirse a la espalda, pero cuando estaban en mitad de la travesía el alacrán le clavó su mortal agujijón. Agonizando, la rana preguntó: «¿Por qué lo has hecho?». Y el alacrán, a punto de morir ahogado, respondió: «Es mi carácter. No puedo evitarlo». ¿Estamos sometidos, como el alacrán, a un irremediable destino que nos impide progresar?

La solución para evitarlo estriba en conocer bien nuestras limitaciones y nuestras posibilidades, y en utilizar bien nuestra inteligencia, porque es el único recurso que tenemos para liberarnos del determinismo animal, del poder de los genes, o del influjo de la situación. Pero ésta es una afirmación vacía si no precisamos lo que entendemos por inteligencia. Para aclarar esta dificultad, me gusta contar la historia de uno de mis alumnos, un muchacho brillante, con un

altísimo cociente intelectual, al que confundió su facilidad. En plena marejada de la adolescencia se volvió consciente de sus capacidades y decidió aprovecharla. Sus compañeros le parecían torpes y sus profesores mediocres. Se convirtió en jefecillo de una banda de chicos rebotados de la escuela, porque le gustaba mangonear a los demás, y vivió una historia vulgar de napoleón de barriada. Les incitó a que cometieran pequeños hurtos, le gustó disponer de dinero en abundancia, trapicheó con droga, dejó los estudios porque «la acción está en la calle», como decía. Parecía mayor. A los veinte años entró en la cárcel. ¿Era tan inteligente ese alumno como decían los tests de inteligencia?

Como ven, referirnos a la inteligencia no ha resultado tan claro como parecía. Mi alumno era muy inteligente, pero había utilizado su inteligencia estúpidamente. Esta contradicción nos obliga a admitir dos niveles de inteligencia^[7]:

1. *Inteligencia estructural*: es la capacidad básica, la que para entendernos, miden los tests de inteligencia. Ésta ampliada por los conocimientos y la cultura.
2. *El uso de la inteligencia*: es la inteligencia en acción, es decir, lo que un sujeto hace con sus capacidades, las metas que elige, los valores que dirigen su acción. Desde este punto de vista, la inteligencia vale lo que vale el proyecto que la guía. Si el proyecto es destructivo o malvado podemos decir que es poco inteligente, a pesar de la astucia, la ciencia o la tecnología que se utilice en él.

Estos dos modos de entender la inteligencia —como estructura y como uso— me permite comparar su educación con el juego de cartas, cosa que suele divertir a mis alumnos. Tanto en la vida como en el juego se nos reparten unas cartas —genéticas, sociales, económicas en un caso, naipes en otro— que no podemos elegir. Es evidente que

hay cartas buenas y malas, y que es mejor tenerlas buenas. Pero esto es lo más interesante en el juego y en la vida, no siempre gana quien tiene las mejores cartas, sino quien sabe jugarlas mejor.

Esto es lo que se puede aprender: a aprovechar y usar mejor lo que tenemos. La sabiduría es la inteligencia aplicada a nuestro más alto proyecto que es la vida buena, feliz y digna. Un proyecto que tiene que armonizar las variadas — y a veces contradictorias— necesidades y expectativas de la naturaleza humana. Para llevarlo a cabo hace falta, sin duda, saber muchas cosas, aprovechar las experiencias, meditar, evaluar con corrección, y moverse con soltura entre problemas complejos, planteados en un ambiente de incertidumbre.

Pero tenemos que definir mejor la noción de «sabiduría». De nuevo me serviré de un ejemplo para precisar la amplitud de la idea de «sabiduría». De nuevo volveré a la educación. ¿Qué deberían saber los padres para poder educar bien a sus hijos? En primer lugar deben conocer el mundo en que viven y el mundo en que previsiblemente van a vivir. Tienen que decidir si los educan para el mundo que hay o para que sería bueno que hubiera. ¿Deberán inculcarles una moral o dejar que la descubran cuando tengan uso de razón? ¿Deben imponer una disciplina rígida o no deben imponer ninguna disciplina? ¿Cómo se pueden desarrollar mejor las capacidades del niño? ¿Cómo ayudarle a que adquiera las competencias necesarias para enfrentarse con los problemas que sin duda alguna se le van a plantear? ¿Cómo saber cuáles son las buenas prácticas educativas, entre los mensajes contradictorios que reciben? Por último, aunque esos mensajes estuvieran claros, no dejarían de ser generales y abstractos. ¿Cómo aplicarlos en la situación concreta de cada uno, con sus dificultades y sus posibilidades? Ante estas dificultades —que se dan no sólo en el mundo de la educación, sino en otros órdenes vitales— aparece la necesidad de tener un «coaching» personal,

un entrenador o consejero o asesor o terapeuta. Pero ninguna de estas ayudas resuelve el problema, porque la vida es demasiado personal y minuciosa. Aparecen aquí algunas características de ese saber que estamos buscando: conocer la realidad, aprovechar los conocimientos científicos, tener una idea clara de los valores morales, y saber aplicar todo esto al caso concreto. Y todo ordenado a dirigir el comportamiento en dirección a la convivencia feliz y digna.

Un apartado sobre la felicidad

En *Aprender a vivir* sostuve que para aumentar la posibilidad de ser feliz, el ser humano debe ser capaz de realizar una serie de actividades: las cinco principales son:

1. *Elegir las meta adecuadas*, lo que significa establecer prioridades, saber planificar, hacer revisión de la vida, atreverse a cambiar de proyecto si es necesario, determinar la jerarquía de valores que van a dirigir nuestra acción, etc.
2. *Resolver problemas*, ser capaz de tomar buenas decisiones, de no refugiarse en la pasividad o en la huida, saber reconocer lo que es o no una buena solución, soportar el esfuerzo para ponerlas en práctica, etc.
3. *Valorar las cosas adecuadamente y disfrutar con las buenas*. La capacidad de disfrutar no es tan común como parece. Con frecuencia la ansiedad, el miedo, el aburrimiento o la envidia nos impiden apreciar lo bueno.
4. *Tender lazos afectivos cordiales con los demás*, ser capaces de querer, de convivir, de colaborar, de comprometerse.
5. *Mantener la autonomía correcta y responsable*. Se trata de acertar con la distancia justa. Ni fusión que anule la propia autonomía, ni desvinculación que rompa los lazos sociales.

Podemos llamar «sabiduría» a la capacidad de realizar esas actividades, o lo que es igual, de aumentar la probabilidad de ser felices. Con esto recupero una de las funciones tradicionalmente atribuida a la sabiduría, razón por la que era tan valorada. Platón decía que ella nos permite «saborar» los bienes: la salud, la riqueza, la fama, el placer (Menon 87, Eutidemo 278). Esto tiene que ver con la capacidad para disfrutar que les mencionaba antes. En otro texto, Platón es todavía más contundente: «La sabiduría es mejor y más deseable que el placer» (Filebo, 11). Sófocles, en el coro final de Antígona escribe: «La sabiduría es el sitio supremo de la felicidad». Lo más interesante es que no sólo los griegos pensaban así. «Feliz es el que sigue los consejos de la sabiduría», dice el *Libro de los Proverbios*, que forma parte del Antiguo Testamento. Y en la Europa moderna Montaigne repite la idea: «El signo más manifiesto de la sabiduría es la alegría continua» (Ensayos, 1, 25).

La idea de felicidad no nos encierra en un egoísmo de sálvese quien pueda, porque la felicidad es un proyecto individual que tiene que realizarse siempre dentro de un proyecto social de felicidad, que es lo que llamamos «justicia»^[8]. Por eso la sabiduría no es sólo una importante competencia personal, sino también pública. Ya los antiguos filósofos consideraron que era necesaria para dirigir los asuntos de la ciudad. «De entre las virtudes encontradas en el estado, la sabiduría es la que primero se ve» (Platón, *Rep.*, 428). «La persona sabia es la que está mejor preparada para juzgar» (Aristóteles, *Met.*, 1, 2) y para mantener el estado en orden (santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, 1, 8).

Con estos pronunciamientos todavía avanzamos poco, porque nos dicen cuáles son las funciones de la sabiduría, pero no nos aclara cuál es su contenido y de qué manera se puede adquirir. Aunque fue en su origen un concepto filosófico, o incluso religioso, la psicología actual se ha intere-